

Los dominadores del fuego

por Jack Dangherly



25 cént.

BIBLIOTECA TREBOL

Publicación semanal

Núm. 112

BIBLIOTECA TREBOL

Los dominadores del fuego

[Emocionante película de aventuras interpretada por

Jack Dangherty

y

Helen Ferguson

Versión literaria de

CRISPULO GOTARREDONA

Exclusivas Universál Hispano American Films, S. A.

Valencia, 233 - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

Los dominadores del fuego

Los dominadores del fuego

REPARTO:

Federico Powers . . .	Jack Dangherty
Jaime Powers . . .	" "
Maria Kent . . .	Helen Ferguson
Capitan Fusto. . .	La Fayette McKel
Gerardo Perdomo .	Al Hart

Los dominadores del fuego

En todas las páginas de la historia, no se encuentran caracteres más típicos de progreso que los que encarnan los heroicos combatientes de las llamas: los bomberos.

Por eso, más grande que el 4 de julio, día de la independencia americana, eran para Dauville las carreras que los bomberos de esta ciudad celebraban contra los de Trenton.

Este año, Federico Powers, joven bombero del equipo de Deuville, había jugado hasta el último centavo en las carreras; el premio significaría el proveer un hogar para la muchacha a quien había prometido casarse.

Esta era María Rent, una viuda cuya hija también había inspirado a Jaimito Powers,

único vástagos del bombero, a ganar muchos juegos de balines y trompos.

—Ya sé que ganarás, Federico, por Dauville y por mí—decíale momentos antes su futura esposa, dándole ánimos.

El capitán Fusto, jefe del parque de bomberos de Dauville, era partidario de que los mejores hombres y los mejores aparatos debían ser para combatir el fuego.

—Prepárate para ganar—dijo aproximándose al grupo que formaban Federico, María y otras personas del pueblo—; esos trentonianos están muy fuertes.

No lejos de allí se hallaba Gerardo Perdomo, un pulpo cuya avaricia ya ahogaba el progreso de Dauville.

—He aquí a Federico Powers—dijo a un individuo de muy mala catadura que le acompañaba—; es dueño del terreno donde queremos construir la represa. Se jugó todo lo que tenía en estas carreras con la esperanza de construir su casa allá.

—No se preocupe—respondió su acompañante—. Yo me las arreglaré tal como usted me dijo—y sin oír más explicaciones fué, y aprovechando un momento en que nadie le miraba, quitó la chaveta del eje del coche que debía conducir Powers.

A pesar de esta estratagema, Powers salió vencedor. Perdomo estaba muy irritado y reprochaba a su cómplice:



—Ya sé que ganarás, Federico. .

—Todo estaba preparado para hacer perder a Powers, en cuyo caso tendría que haberse entendido conmigo. ¡Eres un animal!

—Como usted es el que paga, puede hacerle venir a cobrar al club y una vez haya cobrado...

A Perdomo le pareció de perlas la proposición que le esbozó al oído su cómplice y media hora después hacía efectivo a Powers el importe del premio en una sala del club.

—Bonito fajo de billetes, Powers—dijo el que estaba en convivencia con Perdomo—.

Piensa que tienes suerte de sobra para doblar su valor.

—¡Demontre, sí!—dijo Powers—. La verdad es que ha sido un día de suerte para mí.

Como su interlocutor le invitaba a probar suerte, cayó en la trampa, y poco después perdía todo cuanto había ganado.

—Vamos, te daré la revancha—propuso el otro.

—No puedo; estoy limpio.

Alguien le dió unos golpecitos en el hombro; se volvió y vió a Perdomo.

—Yo puedo prestarle el dinero sobre su finca—propuso.

En aquel momento llegó la que iba a ser su esposa y trató de disuadirle, pero Powers estaba cegado y quiso arriesgar la última carta.

Jugó y perdió.

Perdomo, entre tanto, había extendido un documento que Powers firmó maquinalmente.

En el documento en cuestión, reconocía la deuda y terminaba así:

“Y en caso de que muera, antes de haber hecho el pago, Gerardo Perdomo debe ser el heredero de mi finca de Dauville. En testimonio de lo cual firmamos...”

Al recobrar la sangre fría, Powers comprendió que había sido miserablemente engañado por medio de trampas en el juego y se trabó de palabras con el individuo que

servía de instrumento a Perdomo. De las palabras pasaron a las obras y en un acceso de furor, Powers disparó un tiro contra su contrincante, el cual cayó como muerto.

Tuvo que huir, creyendo que había cometido un asesinato. Perdomo, aquella noche, se frotaba las manos con satisfacción y no cesaba de repetir:

—¡No se atreverá a volver y tarde o temprano ese terreno para la represa me pertenecerá.

II

Una por una, el tiempo hace caer las páginas del calendario de la vida. Los años se suceden. De las brumas del pasado, quince años después, Federico Powers, a quien se había dado por muerto, regresó secretamente a cumplir una promesa y dejar una herencia a su hijo.

El capitán Fusto, apiadado de la suerte del hijo de Powers, lo había adoptado, criándolo como si fuera un hijo. Jaime era ya un bravo bombero, ignorando que su padre, a quien creía muerto, estuviese acusado de asesinato.

Gerardo Perdomo seguía siendo el amo del pueblo, como años atrás. La codicia por apoderarse del terreno de Powers tenía su fundamento, pues allí podía erigirse una represa

que en días no lejanos significaría el dominio absoluto del suministro del agua de Dauville.

Pasados algunos años, Conrado Teuton, cuya falsa muerte había hecho de Powers un errabundo, apareció otra vez en Dauville, ocultándose bajo el falso nombre de Carlos Furness.

Un día hablaban ambos en el despacho de Perdomo. Este agitaba en la mano el último número del *Herald*, el periódico local, que le censuraba acremente.

María Kent, hija de aquella mujer con quien Federico Powers iba a contraer matrimonio antes del desgraciado suceso que determinó su fuga, era la directora del periódico.

—Si ella continúa así—decía Perdomo—, nunca podremos llevar a cabo el negocio de la represa.

—Hay una manera de librarnos del estorbo de esa Kent—afirmó Carlos Furness.

—¿Cuál?

—Pegando fuego a la imprenta.

Maduraron el plan y en seguida lo pusieron en práctica. Aquella noche se iniciaba un voraz incendio en la redacción del *Herald*.

Cerca de allí, los autores del atentado contemplaban su obra, cuando una sombra pasó cerca de ellos y Perdomo oprimió fuertemente el brazo de su cómplice.



Powers disparó contra su contrincante...

—¡Qué manera de andar! ¡Cómo me recuerda a Federico Powers!

—¡Tú estás loco! — replicó Carlos Furness—. Aunque estuviera vivo, nunca se atrevería a volver aquí.

—Hice pasos para que se declarase su muerte, pero fué inútil...

La oportuna intervención del equipo de bomberos impidió que la salvajada de aquellos criminales tuviese graves consecuencias, pero como sus propósitos eran impedir a todo trance la publicación del diario, decidieron raptar a María Kent.

Se apoderaron de ella valiéndose de un engaño y la transportaron a una cabaña abandonada que había en medio de un bosque de los alrededores de Dauville.

—No saldrá de aquí hasta cuando firme la escritura de venta del *Heraldo*—le dijo Carlos Furness, que ocultaba el rostro bajo una máscara para no ser reconocido.

Ella se negó resueltamente y la dejaron encerrada.

No fué intencionado, pero pocas horas después se declaraba un nuevo incendio en el bosque y la cabaña quedaba envuelta en llamas.

Un hombre que se había dado cuenta del siniestro y de las proporciones que adquiría, llevó el aviso al parque de bomberos, advirtiendo que en la cabaña había encerrada una mujer, y seguidamente salió un equipo en el cual figuraba Jaime, quien con singular arrojo y exposición de su propia vida, pudo llegar hasta la propia cabaña, atravesando una espesa cortina de fuego y arrebantando así a María de una muerte segura.

Aquel acto heroico acabó de afirmar con lazos inquebrantables el amor que latía en sus corazones.

Al día siguiente de ocurrir estos sucesos, en la oficina de Gerardo Perdomo, presidente de la Junta de Consejeros del pueblo, se celebraba una reunión.

A Gerardo Perdomo, cuya astucia no tenía límites, se le había ocurrido insistir de nuevo ante el Consejo para que se le concediese definitivamente la propiedad de la finca de Powers, en vista del cariz que tomaban los acontecimientos.

Antes de la Junta celebró una extensa conferencia con su confidente y cómplice, acordando la pauta a seguir en la mencionada Junta. Allí Perdomo se expresó en los siguientes términos:

—Dauville ha crecido tanto, que necesita un abastecimiento de aguas más perfecto. Como legalmente no puedo tomar posesión de la finca de Powers, mientras no conste oficialmente su defunción, solicito que se estudie la manera de concederme la propiedad de la finca sin ese requisito, y, a cambio de eso, yo haré una represa digna de este pueblo.

Ni uno sólo de los consejeros accedió a sancionar tamaña barbaridad.

Por la noche, mientras Perdomo se hallaba en su despacho se le presentó el individuo que tres antes le pareció Federico Powers, y, dominando su impresión, le preguntó:

—¿Quién es usted?

El desconocido se bajó el embozo del abrigo y respondió:

—Tal vez su conciencia. ¿No le remuerde?

Gerardo Perdomo dió un paso atrás:

—¡Federico Powers!—balbuceó.

Iba a replicar éste, cuando en una habitación inmediata se produjeron unos ruidos, en vista de lo cual, saltó con gran habilidad por la ventana que había entrado.

III

Los últimos sucesos desarrollados alrededor de la persona de María Kent, tenían seriamente preocupado a su novio, el cual no le dejaba a solas más que en las horas que las exigencias del servicio le obligaban.

Así, varios días después del incendio del bosque, una mañana en que María se preparaba a salir de su casa, en dirección al periódico, se le presentó un individuo.

—Usted, señorita—le dijo—, está perdiendo el tiempo en un periódico insignificante. Queremos que abandone el *Heraldo* y se una con nosotros. Se me ha comisionado para hacerle esta proposición y al mismo tiempo hacerle este pequeño regalo.

Diciendo esto, el desconocido, que era nada menos Carlos Furness, puso sobre la mesa un cheque de dos mil dólares, que María rechazó, desde luego, con energía.

—Estoy segura que la Compañía de Aguas Potables de Tres Estados y Perdomo son una misma cosa, y tan pronto como pueda lo probaré.



Jaime Powers y María Kent.

Fué en vano que el desconocido insistiera más. En esto se presentó Jaime y le echó fuera a puñetazos.

Poco después daba cuenta a Perdomo del resultado de la visita.

—Ha rehusado enérgicamente y cuando me puse serio ha amenazado con que pedirá una revisión de los libros del Ayuntamiento para un asunto que compromete mucho a usted y a su compañía.

—Pues esta noche, te llegarás al Archivo del Ayuntamiento y te apoderarás de esos libros comprometedores—indicó Perdomo.

Aunque Perdomo se creyese con más derecho, Jaimito Pawers consideraba como suya la finca de su padre, pues tenía la firme convicción de que el documento del cacique no tenía fuerza legal.

El pertinaz agotamiento del agua del manantial que abastecía Dauville, le hizo abrir los ojos acerca del valor de la finca heredada de su padre y expuso a su novia el propósito de regalarla al Ayuntamiento.

—¿De verdad que vas a hacer eso?—preguntó María entusiasmada de la decisión de su novio.

—Por dos razones: Dauville ha crecido demasiado para el ridículo manantial que Perdomo explota, y éste es el único lugar donde se puede construir una represa que garantice el suministro de agua que necesitamos.

—Seguramente que esto — dijo María —, haría soltar la garra de Perdomo y llevaría a esa Compañía de Tres Estados a una banarrota.

—Sólo que esto — añadió Jaimito, acariciando el rubio cabello de su novia— retrará nuestros planes de poseer un hogar nuestro.

—No te preocupes, Jaime; ya pensaremos en eso más adelante.

Por la noche, Carlos Funess, fué el encargado de traerle a Perdomo la noticia del rumor que circulaba acerca del propósito que

tenía Jaime de hacer donación al pueblo del terreno que había heredado de su padre.

—¡No es posible!—afirmó Perdomo echando llamaradas de rabia por los ojos.

—Absolutamente cierto — insistió Furness—. Powers se propone regalar al pueblo su finca y hará la cesión esta misma noche en una reunión que celebrarán las fuerzas vivas en casa del capitán Fusto.

—Esto significa—añadió Perdomo, desolado, como hablando consigo mismo—, que si el pueblo puede recaudar el dinero necesario para una represa, cerrará las puertas a la Compañía de Tres Estados. ¡Pero no será! —Añadió soltando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Esa finca me pertenece!

—Iremos esta noche a esa reunión—añadió Perdomo, después de una pausa— e indicaremos a Jaime Powers hasta donde puede llegar.

En esto se presentó inopinadamente Federico Powers. Los dos personajes quedaron mudos de estupor. El miedo de que el recién llegado pudiese reconocer la verdadera personalidad de Carlos Furness, con lo cual echaría abajo todos sus planes, les tenía aterrados.

Carlos Furness, se retiró sigilosamente a un rincón oscuro; Federico Powers apenas se fijó en él.

—Vengo—dijo a Perdomo—para redimir



Aquella noche se iniciaba un voraz incendio en la redacción del Heraldo

el documento que usted tiene sobre mi finca, para que mi hijo pueda hacer con ella todo lo que le plazca.

—No entregaré ese documento por ningún dinero del mundo — replicó Perdomo—. Si usted quiere obligarme ante el juez, recuerde a Conrado Feuton y la pena que ello envuelve contra usted.

Una señal imperceptible de Perdomo hizo que Furness se arrojara sobre Powers con ánimo de derribarle, pero éste era fuerte y

desasiéndose se retiró hacia la puerta. Desde allí dijo a Perdomo:

—¡Ahora sé que es usted un cobarde y un ladrón! Voy a obrar en consecuencia—y se marchó.

Cuando quedaron otra vez solos Perdomo y Furness, el primero dijo a su cómplice:

—¡Si algún día llega a enterarse de que tú eres Conrado Teuton, el hombre que se figura haber matado, estaremos perdidos!

IV

Por la noche se celebró la anunciada reunión en el domicilio del capitán Fusto. Allí Jaime Powers habló así:

—Mi finca es el lugar apropiado para hacer una represa que dé a un pueblo tan próspero como Dauville el agua necesaria para su gradual desarrollo. Aquí está, pues, mi cesión. Ustedes dan el dinero para la represa y yo daré el terreno.

—¡Alto! —dijo Perdomo—. ¡Tú no puedes regalar la finca porque me pertenece.

—Su pretensión carece de fundamento, señor Perdomo —replicó Jaime Powers con entereza.

—Tu padre, Federico Powers, me pidió dinero prestado y me dejó este documento...

Perdomo buscó entre sus bolsillos el docu-

mento en cuestión, pero no pareció. Entonces tuvo la sospecha de que nadie sino Federico Powers se lo había podido robar.

Después de la desastrosa reunión en la que Perdomo quedó en ridículo, juró vengarse y poniendo en juego sus influencias consiguió hacer destituir al capitán Fusto. El mismo trajo la orden al parque de Bomberos.

Powers, que se hallaba presente, se mostró indignado de aquel atropello contra quien había servido por espacio de muchos años tan fielmente al pueblo como el capitán Fusto.

—Usted se arrepentirá, Perdomo, o yo dejaré de ser Jaime Powers—dijo el fiel amigo de Fusto.

—¡Bonitas palabras de un hombre, cuyo padre abandonó el pueblo después de matar un hombre! —replicó Perdomo despectivamente.

Powers quedó anonadado. Nunca había oído semejante cosa: lo había ignorado todo hasta aquel día.

—Dígame lo que es eso acerca de mi padre! —suplicó a Fusto cuando quedaron solos otra vez.

Este le refirió algo de las circunstancias que obligaron a su padre a abandonar el pueblo.

La injusta destitución había apenado mucho al veterano capitán.

Aquella misma tarde se hallaba meditando acerca de la injusticia que se le había hecho, cuando se acercó un desconocido. Fusto lo miró primero con sorpresa y después con asombro.

—¡Cómo! ¿Es posible?... ¡Federico Powers aquí!

Federico, pues era él, le hizo señas de que callase, pues cualquier indiscreción podía comprometerle.

—En efecto, soy yo—dijo Powers sentándose a su lado—. Sólo Perdomo lo sabe y él no se atreve a hablar porque sólo probando mi muerte puede reclamar mi finca.

—¿Por qué has vuelto?—Tú vida está en peligro, ya que le conviene a Perdomo que aparezcas como muerto.

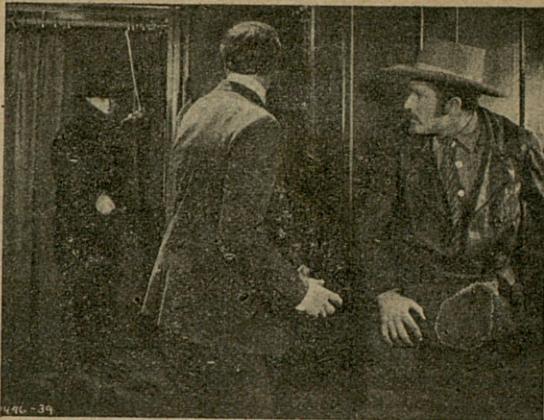
Federico extrajo del bolsillo interior de su abrigo un paquete de papel que puso en manos de Fusto.

—Guarda esto como tu propia vida! Son unos documentos que ayer quité a Perdomo. Entre ellos figura la cesión de mi finca a su favor.

Días después de lo ocurrido, el Municipio se hizo cargo de la finca y empezaron los trabajos de la represa.

Furness, que por encargo de Perdomo lo espiaba todo, le informó:

—Han empezado la represa en la finca de Powers y el capitán Fusto es el encargado.



446-39

— ¿Quién es usted?

— Todavía puedo probar por los libros del Municipio que el terreno es mío. Buscaremos esos documentos. Reuniré después a mis amigos y echaré a Fusto y sus trabajadores fuera de la finca.

Perdomo se apoderó de aquellos documentos y al día siguiente, la partida suya, compuesta de los peores elementos de la vecindad, se hallaba apostada cerca de la represa, con objeto de caer sobre ella.

Furness dijo:

— Les daré una oportunidad para que se

marchen pacíficamente, pero si rehusan, caed sobre ellos,

A la misma hora llegaba al parque de bomberos Federico Powers, convenientemente disfrazado y decía a su hijo:

— No me pregunte quién soy y envíe socorro a los trabajadores de la represa, pues van a ser atacados.

Ni corto ni perezoso, Jaime y sus compañeros de servicio montaron en seguida en un auto y se dirigieron hacia la represa, con ánimo de auxiliar a sus camaradas.

Entre tanto, Furness se había presentado a Fusto, obligándole a suspender los trabajos. Como el ex capitán de bomberos se resistiera, Furness dijo:

— Tengo órdenes de expulsarlos como usurpadores. Mis hombres harán cumplir mi palabra.

Iban a realizar sus propósitos los asaltantes, cuando la inopinada llegada de Jaime Powers y los suyos les dispersó.

El capitán Fusto explicó a Powers lo ocurrido.

— Si Perdomo puede probar que el terreno es suyo, no habrá más remedio que dárselo.

— Jaime; no des nunca nada a Perdomo, diga lo que diga.

V

En ocasión de hallarse sola en su casa, María Kent recibió la extraña visita de un desconocido que dijo ser el padre de Jaime.

—¡Cómo! ¡El padre de Jaime ha muerto!

—Permítame que le pruebe lo contrario—dijo Powers.

Después de explicar la falsa amistad de Perdomo que le condujo a la trágica situación que ya conocen nuestros lectores, María, ya vió claro.

—Pero sólo tiene usted que pagar lo que consta en el documento para que Perdomo cese de tener todo derecho.

—Le ofrecí el dinero y rehusó. No puedo proceder contra él sin descubrir que soy el hombre que se busca por la muerte de Conrado Teuton—respondió Federico Powers—. Perdomo presumió el valor de mi terreno —añadió—. Ahora me doy cuenta de que la partida de juego, el préstamo y la pelea estaban preparados para robarme la finca. Así es que debo permanecer muerto para mi hijo, aunque permaneceré siempre a su lado. Seré su sombra protectora.

Después, Power hizo entrega a la joven de los documentos que había sustraído a Perdomo y que días antes entregara a Fusto. De

acuerdo con éste habían convenido que lo mejor sería que María los utilizase.

—Pero ¿qué debo hacer con esos documentos?

—Usted es lista. Uselos como le convenga para hacer fracasar a Perdomo.

—Lo haré lo mejor que pueda y confío que todo saldrá bien.

Enterada por Fusto de los propósitos de Jaimito de ceder a Perdomo la finca si sus derechos eran legítimos, María se decidió a obrar sola y ante todo quiso probar suerte pactando con Perdomo, visitándole en su despacho.

—El documento en que consta su contrato sobre la finca de Powers está en mi poder. Vengo a saldar la cuenta.

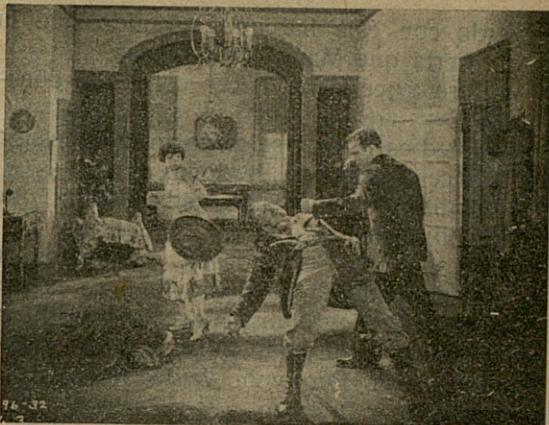
—¿Y si rehuso?—preguntó Perdomo.

—Destruiré el documento y usted no obtendrá nada. Si usted acepta, en cambio, haré venir al capitán Fusto y liquidaremos.

Perdomo ya había fraguado un nuevo plan, tan infame como todos los suyos y rechazó la oportunidad que María le ofrecía. Su intención era apoderarse del documento y proceder contra Powers.

En cuanto María abandonó su despacho, Perdomo llamó a Furness y le dijo:

—La muchacha del periódico tiene en su poder los documentos que me robaron. Vé y apodérate de ellos.



... y le echó fuera a puñetazos...

Furness cumplió la orden, apoderándose del bolso de María, pero no estaba el documento.

Cuando volvió al despacho de Perdomo, dijo:

—¡He fracasado! La muchacha no llevaba ningún documento. Estamos perdidos.

Perdomo buscó una nueva aliada con el objeto de averiguar dónde María tenía ocultos los documentos: René Dupres, una muchacha aventurera que había sido su amiga en tiempos lejanos, dándole instrucciones.

—Es una buena combinación — concluyó Perdomo — y si resulta será de mucho valor... para ti.

René Dupres se presentó a casa de María Kent en ocasión de que ésta se hallaba sola:

—No soy una mendigante, señorita, pero le diré su porvenir por una moneda de plata.

María no creía en la virtud de las cartas y se resistió.

—Un hombre valiente la ama, señorita. Veo humo y fuego alrededor de él.

—¿Es verdad eso? —preguntó María intrigada.

—Sí, y puedo decirle más. Puedo prevenirla de ciertos peligros que la acechan. Tiene usted grandes enemigos que buscan algo que es un secreto...

Instintivamente, los ojos de María se posaron en un gran jarrón donde tenía ocultos los documentos. ¡Ya estaba revelado el escondrijo!

En vista de que la falsa gitana ya sabía lo que quería, se despidió.

Carlos Funess estaba al acecho en las inmediaciones de la casa de María Kent y salió al encuentro de René Dupres.

—¿Qué...? ¿Has sabido algo?...

—Los documentos están escondidos en un jarrón que hay en la sala, lo podrás ver fácilmente.

El cómplice de Perdomo aprovechó la ausencia de María para saltar por una ventana y apoderarse del documento.

Cuando la joven regresó y se encontró a faltar aquellos papeles, quedó consternada. En aquel momento entró Jaime Powers. María se echó en sus brazos y dijo sollozando:

—¡Tenía unos documentos de gran valor y me los han robado!

Afortunadamente, los documentos robados a María, no eran más que unas simples copias, pues el original obraba otra vez en poder de Fusto.

Sospechándolo así, Perdomo dió instrucciones a su cómplice:

—Federico Powers tiene el documento original. Sólo existe una persona a quien se atrevería a ir y es el capitán Fusto. Conque vigilale. Pero que no te vea Powers. Si él se da cuenta de que tú eres Conrado Teuton, el hombre que él cree que mató, estamos perdidos!

Más tarde, en casa del capitán Fusto, se encontraban éste y Federico Powers.

—Le pedí que viniera para que me diera permiso para destruir este documento. Si Perdomo da con él tendrá el derecho de apoderarse del terreno de la represa.

—Ya que Perdomo rehusó aceptar el pago, me gustaría destruirlo, pero la marca digital



... Esto retrasará nuestros planes

es el único medio que tengo para restablecer mi identidad.

En aquel momento se presentó Jaime y al ver al desconocido, preguntó:

—¿Ese hombre quién es?

—¿Por qué tanto misterio?—añadió Jaime en vista de que nadie le contestaba.— ¡Ustedes me tratan como a un niño!

—De momento no puedo decirte nada—respondió Fusto—; pero antes de mucho lo sabrás todo. Ahora déjame hablar con este hombre.

Jaime no replicó.

Al quedar solos de nuevo, Federico se hizo cargo de los documentos y participó sus planes al veterano capitán.

—Esta tarde voy a encararme con Perdomo en la reunión del Consejo y salga lo que salga. Por de pronto, he podido descubrir que el hombre que yo creí haber matado y por causa del cual he sido un proscrito toda la vida existe y es el auxiliar de Perdomo. Esta tarde lo pondré todo en claro.

Al abandonar Federico la casa del ex capitán Fusto, se encontró frente a frente con Furness, al que cogió por la solapa.

—¡Ah, con que tú eres el hombre a quien se me acusa de haber matado y te pones el nombre de Carlos Furness! ¡Ya tenía ganas de volverte a ver, Feuton!

—Mi nombre no es Feuton...—replicó atemorizado.

Federico le dejó ir. Aún no era llegada la hora de rehabilitarse, y todo intento en este sentido podía serle perjudicial.

Por la tarde, el alcalde comunicó a Jaime que su presencia en el Consejo era necesaria.

—El señor Perdomo quiere que esté usted presente en la reunión.

Llegó la hora y cada uno ocupó su puesto respectivo. En todos los semblantes se pintaba la más viva expectación.

Perdomo, como siempre, reclamó que sus derechos sobre la finca de Power fuesen reconocidos y aludió a Jaime Powers. El capitán Fusto intercedió:

—En efecto; había la deuda que Perdomo reclama, pero repetidas veces se le ha ofrecido el dinero y lo rechazó porque su único objeto es apoderarse de la finca.

—Este acuerdo entre el difunto Powers y yo me fué robado.

Volvió a hacer uso de la palabra el veterano ex capitán de bomberos.

—Los antiguos consejeros recordarán las fatales circunstancias que hicieron de Federico Powers un proscrito...

—¿Qué quiere decir con esto? — exclamó Perdomo interrumpiéndole. Esta reunión no es para discutir cuentos viejos. Y ahora, con relación a la finca de Powers, éste ha sido legalmente declarado muerto y el terreno me pertenece en virtud de nuestro acuerdo.

—¡Es que Powers ha vuelto, Perdomo! —dijo una voz desde el dintel de la puerta.

Todos los rostros se volvieron, observando al desconocido. Era un hombre de edad, pero fuerte todavía. Perdomo se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—¡El auto judicial contra usted por el asesinato de Conrado Feuton todavía tiene fuerza, Federico Power!



— ¡Es que Powers ha vuelto, Perdomo!

— ¡No la tiene, Perdomo! — replicó el recién llegado con energía, ante el asombro de los circunstantes —, porque Conrado Feuton vive lo mismo que yo!

— ¡Comisario, detenga a este hombre! — dijo Perdomo —. Hasta que pueda traer a Conrado Feuton, la acusación de asesinato sigue en vigor!

Jaime Powers, pasado el primer momento de estupor, se había arrojado a los brazos de su padre. Al oír estas palabras, preguntó:

— ¿Adónde está? ¿Qué tipo tiene?

— Vive en la barraca del río. Es el hombre que tú conoces como Carlos Furness.

Jaime salió en el acto con objeto de atraparle antes de que nadie pudiera prevenirle.

Pasaron más de dos horas de mortal zozobra. Perdomo, que había enviado secuaces para prevenir a Furness, estaba esperando de que hubiese podido esconderse.

— Si Teuton estuviese vivo, Powers lo hubiese traído ya. Por consiguiente, tomaré posesión de la nueva represa, tal como estaba acordado.

Era su última carta, pero sus planes resultaron fallidos. En vista de ello, fué en busca de Teuton, pues ya sabía dónde lo encontraría.

— Tienes que desaparecer para siempre. Es la única manera de que pueda ganar.

— ¡No, señor! — dijo Teuton, rebelándose —; hace años que he venido arrastrándome hipócritamente porque tu poder era fuerte, pero ahora las cosas han cambiado bastante.

Poco después, los dos cómplices eran perseguidos por Jaime Powers, el cual procedió a su detención y entrega al juez.

Así, después de muchos años de dominar con sus malas artes a los pacíficos habitantes de Dauville, Perdomo pagó todas sus culpas viéndose en la cárcel.

Es excusado decir que Jaime y María Kent se casaron... y fueron muy felices.

FIN

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA